

Por exagerado que parezca, los cambios de las últimas décadas en Quito nos plantean esta realidad: las niñas ya “no quieren ser princesas” (Joaquín Sabina) sino que sus modelos de “belleza y aceptación” necesariamente pasan por el quirófano.

Atrás quedaron las fiestas rosadas y hasta los cruceros de quinceañeras; hoy día los 15 años vienen ligados a aumentar o disminuir la talla del brassier.

Más allá de lo anecdótico y que a fuerza de repetirse

parezca “normal”, como adultos tenemos pendiente una seria reflexión al respecto.

Comencemos por determinar si esta generación presenta problemas “físicos” notorios respecto a las anteriores o si simplemente son los modelos y la feroz exigencia/ expectativa de adecuación a los mismos, lo que determina el reciente boom de cirugías en adolescentes.

Es cierto que la media corporal femenina debe haber bajado al menos 25 libras en

Por Cecilia Castelnuovo

una generación. También es cierto que se modificaron los hábitos alimentarios y no menos cierto que los sacrificios que requieren los pantalones descaderados y las puperas son considerables. Pero hace 25 años solo en los círculos académicos más especializados se conocía sobre la anorexia y la bulimia y hoy son temas de discusión de los chicos y chicas de primaria.

Esto nos lleva a plantear que el auge de las siliconas está directamente asociado a

# de la fiesta rosada a las siliconas

modelos corporales como centro de la identidad y que además resultan poco alcanzables por la mayoría. Cuando las rigurosas dietas y los sacrificios en el gimnasio no son suficientes para lograr “el cuerpo”, hace su aparición “salvadora” la cirugía.

La cirugía estética ya no está ligada a la reparación de cicatrices o malformaciones, sino a la concreción de sueños de belleza, que en la mayoría de casos parte de negar/rechazar la propia identidad. Es decir que la cirugía estética actual transforma rápidamente los “desfases de



Ilustración: Santiago Palate.

expectativas” entre el cuerpo real y el deseo (propio y/o ajeno).

Hoy se consideran las intervenciones quirúrgicas como una puerta del edén. En un solo procedimiento se consigue el cuerpo anhelado y una “nueva personalidad”, todo a módicas cuotas mensuales.

Si bien los resultados y cambios dan muestras vistosas del éxito, sobre los riesgos reales (físicos y psicológicos) poco se habla y menos se piensa. Y hasta se llega a pontificar sobre los efectos “reparadores” de los cambios externos en las personalidades acongojadas por sus “defectos”.

A riesgo de ser condenados al ostracismo o tildados de dementes por las jovencitas deseosas de lucir un buen escote -y por las multitudes de babosos agradecidos-, pretendemos poner algunos puntos de orden sobre una situación que implica mucho más que renovar el *look*.

Parece que frente al deseo arrasador de tener las medidas “apropiadas”, los complejos varios por no estar en onda y el chantaje frecuente de que los papás de todas las amigas “sí son buenos y las comprenden”, la sensatez y capacidad de los padres de poner límites quedan postergados.

Es necesario diferenciar las ganas de contribuir al mejor desarrollo de los hijos (en todos los niveles), del hecho de renunciar al rol adulto pensante y previsor. Una decisión tan importante como la que estamos planteando no puede tomarse desde el *rating* que produzca. Obviamente que no nos darán la placa de padres del mes, pero estaremos sentando buenas bases para un sano crecimiento.

Llama la atención cómo el temor que toda cirugía produce en el paciente y su entorno, en el caso de las estéticas desaparece. Esto nos lleva a pen-

sar que frente a la ilusión de la nueva figura, se menosprecian hasta los riesgos quirúrgicos normales y reales.

Algo parecido pasa con la aceptación generalizada de la crisis adolescente y todas sus vicisitudes. Nadie dejaría en manos de la volátil y cambiante identidad juvenil decisiones trascendentes. Sin embargo, cuando se trata de las siliconas el entorno familiar y social funciona como si se tratara de sesudas decisiones “*profundamente reflexionadas*”.

Son por todos conocidas las crisis psicológicas de los chicos y chicas frente a los cambios corporales de la pubertad. Adecuarse al nuevo cuerpo resulta un esfuerzo que tiene más que ver con reestructurar la identidad infantil, que con el cambio de medidas y proporciones.

Por eso la adolescencia es una etapa de vulnerabilidad, es la identidad en su conjunto la que se está rearmando. Los chicos ensayan a funcionar como grandes, tienen todo el derecho de probar y de errar, pero es función de los adultos asegurar que ese proceso natural no los exponga a riesgos serios, no deje secuelas permanentes.

Y llegamos a la segunda omisión dramática de las cirugías estéticas juveniles: ¿no será que la aceptación del propio cuerpo es muy importante para el proceso de desarrollo? No solo como aceptación del ‘sí mismo’ corporal, sino como exponente de la realidad en su conjunto.

Vista de este modo, cualquier modificación externa del cuerpo en un momento clave en la construcción de la identidad como es la adolescencia, contribuirá a ocultar debajo de la cirugía los problemas expresados en el “descontento corporal”.

Detrás de un nuevo busto se esconden una serie de conflictos particula-

res y propios de cada jovencita. La forma en que se resuelva, dejará huellas indelebles en la personalidad. Una cosa es el esfuerzo arduo del gimnasio y suprimir los chocolates, y otra muy distinta la chequera de los papás.

Este atajo, que surtirá efectos inmediatos, deja marcado un camino facilista, con poca reflexión y muchos riesgos. Pero lo peor de todo: sin quererlo, avala y ratifica un alto grado de insatisfacción consigo misma.

Es más fácil firmar un cheque y obtener el nombramiento de padre estrella que acompañar la crisis de aceptación, buscar causas más allá de lo estético, enseñar a aceptarse, analizar con sentido crítico la presión social imperante, etc., etc.

Pero los jóvenes necesitan de apoyo y límites incluso frente a algo tan “bonito” como nuevas ‘chichis’. Pretender que las/los chicos puedan reflexionar sobre todo esto es un poco pretencioso, considerando el torbellino en que se encuentran; pero los que ya acumulamos algunas décadas de experiencia tenemos la obligación de hacerlo.

No está en juego solo la talla, la nariz, o las llantitas demás, sino ¿quién es?, ¿qué le gusta y qué no? Cómo acepta lo que **es** versus lo que le gustaría, y cómo lo consigue. Solo son algunos ejemplos para comenzar a pensar, ya que en muchos casos la crisis de aceptación abarca cuestiones raciales, conflictos familiares, deseos reprimidos de la madre, infidelidades, entre otras cosas.

Antes de firmar el cheque y acolitar complacientemente el último capricho de la nena, deténgase a pensar. La va a dejar contenta pero no la está ayudando, así comienza una larga vida de rechazos a la propia realidad y al paso del tiempo. **D**